

PERFIL DE MONSEÑOR LUNA

Un
pastor sin
distingos

FRANCISCO BORJA CEVALLOS

UN PASTOR SIN DISTINGOS

Autor:

© Francisco Borja Cevallos

© IPANC

Investigación:

Eduardo Alcázar

Editora:

IPANC

Revisión y corrección de textos:

María Gracia Fonseca

Diseño gráfico:

María Gracia Fonseca

Impresión:

NEW PRINT Cia. Ltda.

ISBN 978-9978-60-081-8

Derecho de autor: 037241

Primera edición: enero 1999

Tiraje: 2000 ejemplares

Segunda edición: noviembre 2011

Tiraje: 500 ejemplares

Colaboración Editorial del IPANC

Quito - Ecuador

PRÓLOGO

Este escrito, de Francisco Borja Cevallos, es una entrevista biográfica realizada por el autor al Monseñor Alberto Luna Tobar en octubre de 1998, Cuenca; al momento de la entrevista el Monseñor Luna sigue asumiendo el cargo de Arzobispo de esta ciudad y se encuentra avizorando su retiro.

El autor realiza esta entrevista de forma muy completa, desde la infancia de Monseñor Luna, hasta el momento de la entrevista, en el cual indaga sobre sus criterios en cuanto a temas polémicos de política, religión y sociedad.

Además de poder escuchar las palabras y observaciones directas de Monseñor Luna, este escrito provee otros puntos de vista sobre la vida y carácter de este ilustre representante de la iglesia católica en el Ecuador.

UN PASTOR SIN DISTINGOS

Monseñor Alberto Luna Tobar es un religioso comprometido con las causas que cree justas, hombre polémico sin duda, como todo aquel que toma posiciones y se define sobre los temas cruciales. Es por cierto un personaje clave para entender la cerrada sociedad quiteña de los años cincuentas y sesentas, tanto como la Cuenca que se convierte en los ochentas en la abanderada nacional de las causas más avanzadas y progresistas; la Cuenca que dejó atrás sus años de conservadorismo persistente para adentrarse en las causas de los indios, de los pobres, de la justicia social; la Cuenca admirada y respetada, además, por sus manifestaciones artísticas y culturales, que han servido para que la cursilería de seudo poetas y maestros de escuela la titule como «La Atenas del Ecuador».

Hombre de insospechables facetas, Monseñor Alberto Luna Tobar ha ejercido como periodista, torero aficionado, confesor y consejero de las élites y pastor de los más pobres. Hombre apasionado de sus causas, libre y, sobre todo, profundamente humano. El «Padre Luna», como afablemente lo llamaba la aristocracia quiteña, es un dechado de sabiduría y profundidad acumuladas en prolongadas lecturas y fascinantes vivencias ya sea como aspirante a sacerdote en España o como prelado mimado de la alta sociedad quiteña —de quien se convierte en confesor y hombre de extrema confianza, tanto que en materia de fe y de moral, su palabra zanjaba toda discrepancia— o como arzobispo de Cuenca, en donde se adentra en el mundo de los más pobres y desvalidos.

Mientras ejerció su apostolado en la iglesia de Santa Teresita de Quito, las señoras de la aristocracia quiteña seguían a pie juntillas sus consejos. Lo que el Padre Luna decía era la ley, era lo moral, era lo correcto. Además, la relación era fácil, pues Monseñor Alberto Luna era un miembro más —predilecto y muy respetado— de esa aristocracia. Había nacido dentro de ella y su comportamiento educado, su talante afable y mesurado y su versación en temas religiosos y filosóficos eran más que suficiente garantía ante los ojos de las buenas señoras de Quito, que no dudaban en contarle sus intimidades

y pedirle consejos para resolver todas sus dudas religiosas y morales.

No obstante su presencia apacible y dulce, encarnación de bondad y virtudes, Monseñor Luna ha asumido frecuentemente posiciones resueltas y firmes, corriendo riesgos frente al poder económico o político. Muchos piensan que en su vida sacerdotal habría llegado aún mucho más alto si no hubiese sido por esas posiciones de avanzada social que ha defendido con valentía y que le han valido críticas y recelos de cierta jerarquía eclesiástica. Hombre acostumbrado a decir su verdad, duélale a quien le doliere, caló muy hondo en la gente pero sembró temores en las cúpulas religiosas, generalmente timoratas y conservadoras, mucho más afectas a la obediencia que la rebeldía.

Por estos y otros motivos este cura de páramo y *chaquiñán* más que de púlpito y sacristía, ha tenido una vida llena de vericuetos interesantes, vida desde luego dedicada permanentemente, a su modo y desde su perspectiva, al servicio de los demás.

Monseñor Alberto Luna nace en Quito el 15 de diciembre de 1923. Sus padres son Moisés Luna Andrade y Ana María Tobar. Estudió la primaria en la escuela Pedro Pablo Borja de Quito y el primer año de secundaria en el Colegio San Gabriel de esa misma ciudad. Desde muy niño se sintió atraído por la vida religiosa. Apenas tenía trece años cuando ingresa a la Orden de los Carmelitas Descalzos en 1936.

En 1938 viaja a España para realizar sus estudios sacerdotales. En 1946 se le ordena como sacerdote en Burgos, regresa a Quito y ejerce su apostolado en la iglesia de Santa Teresita. En 1947 publica su primera obra: «La estética del éxtasis». En 1968 visita Roma y es designado Visitador General, razón por la que viaja por todo el mundo, analizando la situación de la Orden de los Carmelitas. En 1972 ingresa a la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

En 1977 fue designado Obispo Auxiliar del Cardenal Pablo Muñoz Vega. En 1981 es nombrado Arzobispo de Cuenca. Al momento en que escribo esta historia (octubre de 1998), Monseñor Luna continúa en sus labores en Cuenca, pero avizora ya su retiro.

Alberto Luna Tobar es el séptimo de trece hermanos, de los cuales solo viven cinco. Las primeras letras las recibió de uno de sus hermanos mayores, de nombre Julio Moisés, quien fue un niño de sorprendente precocidad y que apenas tenía once años cuando murió a causa de un reumatismo cardíaco.

Los Luna Tobar tuvieron una niñez sin excesivos lujos, pero sin apremios económicos. Monseñor Luna la recuerda así:

Pobre no, pero tampoco ilimitada. Mi padre tenía su trabajo, era gerente del Banco de Abastos, tenía una propiedad agrícola heredada; yo creo que nos educaron muy bien, no tuvimos necesidades extremas.

Su hermana Mercedes, cuatro años mayor que él, lo recuerda:

Era un chico guapo, inquieto, inteligente, cariñoso.

Además doña Mercedes recuerda que desde niño tuvo afición por los toros:

Armaban una plaza de toros en el patio de la casa —nosotros vivíamos en la Manabí, entre García Moreno y Venezuela—, iban todos sus amigos inclinados por los toros y pasaban las tardes toreando. Quién hacía de toro, no me acuerdo.

Su padre, Moisés Luna Andrade, fue abogado y alto dirigente del Partido Conservador. Monseñor lo recuerda con enorme cariño y admiración, lo mismo que a su madre, Ana María Tobar Donoso. De los dos —dice— recibió los principios fundamentales de su vida:

La rectitud de vida y la entrega generosa a los demás, de los dos he recibido ese mensaje; ojalá haya sido fiel, la rectitud en la vida y la entrega a los demás.

Monseñor Luna no oculta su orgullo cuando recuerda a su padre, quien fue un estrecho colaborador del Arzobispo González Suárez:

Mi padre, hombre de inmenso valor, tan inmenso valor que a los 19 años de edad

fue abogado de González Suárez. Se graduó de abogado en la Universidad de Quito a los 19 años e inmediatamente le nombró su abogado el Arzobispo González Suárez.

Eran tiempos difíciles, liberales y conservadores luchaban a muerte. Su padre no escapó a la violencia que caracterizó toda esa época. Ahora, mientras conversamos plácidamente en la tranquilidad de su despacho en la curia cuencana recuerda así las vicisitudes políticas de su padre:

Fue un luchador: mi padre estuvo seis veces desterrado y varias veces confinado en la lucha de liberales y conservadores de esa época, que era una lucha fuerte, violentísima, muy noble. En ese tiempo no se escandalizaban de ciertas violencias o se las cubrían de una u otra manera, pero existían violencias; solo en esta época nuestra ha habido alguien que no ha soportado la violencia y asesinó tanta gente.

¿Qué otros recuerdos tiene de sus padres?

Tengo preciosos recuerdos de mi corta infancia; digo muy corta porque muy pronto me

separé de mi familia —a los 13 años de edad— y la época anterior, los 13 años que viví con ellos, se me hacen poquísimos; hoy en día tengo nostalgia de infancia, nostalgia de primera juventud y nostalgia de vida de familia. No puedo decir que me separé si quererlo, quise separarme para seguir mi vocación, pero a lo largo de mi vida con todo lo que he sufrido —que no ha sido poco— y con todo lo que he tenido de buena suerte —que ha sido bastante—, he tenido un vacío entre la buena suerte y las penas por pequeños o grandes sufrimientos. La medida del gozo y del sufrimiento es personal, he tenido un vacío de familia. Yo hubiera querido tener más tiempo de familia, gozar más, sobre todo, de dos silos humanos de profundidad inmensa: mi padre y mi madre. Ellos debían quererse muchísimo porque mi padre era un hombre que hablaba muy poco, leía mucho, trabajaba muchísimo y tenía una permanente misión política en ese momento. Él vivió toda su vida en el Partido Conservador, desde muy niño. Tengo cartas preciosas de González Suárez —con quien estamos emparentados por el apellido Alzamora— en que

pide a mi tío Alejandro, padre de los Luna Yépez, que cuiden la salud de mi padre, este hombre valiosísimo que cuando murió, Jacinto Jijón y Caamaño dijo que había muerto el don de consejo del Partido Conservador.

En esa época mi padre estaba entregado por completo a ese trabajo político suyo y a su esfuerzo por ganar el pan de cada día, pues yo creo que daba al hogar todo lo que podía, pero su presencia era, al mismo tiempo, con mucho amor y con una cierta distancia que le imponía su afán de leer. Era un hombre que llegaba a la casa a leer, una gran biblioteca, un gran lector, una inmensa cultura. Entre lo que recuerdo de mi padre, que me llena de alegría inmensa, es que en un congreso de catequesis en 1915, en que intervinieron Belisario Quevedo, Pío Jaramillo Alvarado (hombres de extrema izquierda en ese momento) y los mejores hombres de la derecha, como Jijón y Camaño y Alberto Acosta y Páez (primo de Federico Páez), mi padre presentó, entre otras propuestas sociales, una para que en catequesis se enseñara a la

gente que la prescripción diera derecho a quien hubiera trabajado un campo por más de quince años a ser propietario de ese campo. En 1915 —no se olviden que todos ellos fueron discípulos de un hombre, Federico González Suárez, que creó el progresismo en Azuay— al progresismo se lo llamó liberalismo católico o presocialismo cristiano. González Suárez formó a esa gente en un compromiso social muy grande. En esa lucha vivió mi padre y por siempre.

Mi madre le apoyaba en todo lo que mi padre era y pensaba y se dedicaba, con una capacidad de ternura inacabable, hasta que murió. Mi padre murió de 62 años en 1942, cuando yo estaba en España; mi madre murió hace unos pocos años, de 93 años de edad. Creo que murió dando la misma ternura a sus hijos que la que daba cuando nos engendró.

Como se ha dicho ya, estudió la primaria en el Pensionado Borja, que era a la fecha la única escuela privada de Quito. Entre sus compañeros estaban los hermanos Sixto y César Durán Ballén Cordovez. Este lo recuerda así:

Alberto Luna era un estudiante bastante bueno, de los mejores, no era el primero de la clase pero sí era de los mejores.

Patricio Lasso Carrión, colaborador del presidente Velasco Ibarra en varios de sus gobiernos y también compañero de escuela de Monseñor Luna, tiene una imagen de ese niño que posiblemente explica de muy buena manera todo lo que ha venido luego en su vida:

Una persona sumamente gentil, muy inteligente, muy sensitivo, una persona que no tenía los mismos afanes. Retrospectivamente yo puedo comprender cuál era su mecanismo interior, por lo menos superficialmente: él no estaba contento con lo que los demás niños estábamos contentos, como jugar con trompos o cocos. Lo que le gustaba era meterse dentro de sí mismo y proyectarse hacia Dios.

El niño Alberto Luna Tobar, no obstante todo lo dicho, soñaba con ser chofer y sentía, diríamos que como casi todo niño, entusiasmo por el fútbol, aunque verdaderamente el deporte no era su fuerte.

Con una sonrisa, mezcla de orgullo y consideración hacia sí mismo, nos recuerda un partido de fútbol memorable:

Me tocó jugar con el cuarto curso en el que el portero era Eduardo Arosemena y yo era de primero. El suceso fue apoteósico, nos metieron veintitrés goles. Me sacaron en hombros. Con el último gol entré hasta el fondo de las redes con la pelota, porque valiente sí era, pero yo era una criatura.

Alcanzó a cursar tan solo el primer año de secundaria en el colegio San Gabriel, pues muy pronto aparecería con toda su fuerza la vocación que cambiaría el rumbo de sus sueños.

Los padres de Monseñor Luna Tobar eran muy católicos. Sin embargo, su vocación sacerdotal no fue influenciada de manera decisiva por ellos, sino que nació de sus propias vivencias y reflejan su temperamento altamente sensible a los problemas sociales. Monseñor lo confirma:

Aunque fueron ellos muy religiosos jamás me determinaron por ninguna vocación religiosa, es decir, por ninguna comunidad. Tenía un primo hermano sacerdote secular que murió

muy joven, Carlos Araujo Luna, hijo de una tía mía por línea paterna, pero jamás tuve yo alguien, de familia sobre todo, que me inclinara a lo religioso. Yo de niño tenía como aspiración la de ser «manejor», decía yo, chofer. Me encantaba pero años después me disgustó; hasta el día de hoy sigo con el entretenimiento de manejar.

A los 13 años de edad Alberto Luna era *boy scout* y como tal viajó con unos misioneros carmelitas a lo que hoy es la provincia de Sucumbíos. Esos sacrificados sacerdotes le produjeron tal admiración que se sintió irremediablemente atraído hacia el servicio a Dios y al prójimo:

Mi vocación comenzó en una brigada de boy scouts, fuimos de paseo al final de un año a los Misioneros Carmelitas en Sucumbíos. Entramos por Tulcán hacia el Chingüal, estuvimos de asiento en lo que entonces se llamaba El Pun —después se cambió con el nombre de Carmelo— y por ahí luego entramos a la selva, camino de lo que serviría de mucho argumento para «La Vorágine», entre otras novelas famosas. Allí comenzó mi vocación, por simpatía con los misioneros carmelitas.

Así pues, a sus tempranos trece años ingresó a la orden de los Carmelitas Descalzos junto con cuatro compañeros, los que no perseveraron:

Entramos cinco, de los cuales fui el único que sobrevive: Eduardo Arosemena Monroy (hermano de Carlos Julio), Manuel Correa Arroyo, César Durán Ballén (hermano de Sixto), José Enrique Bucheli Cadena y yo. No quedé sino yo.

César Durán Ballén no sintió la vocación con fuerza pero sí recuerda el episodio de los *boy scout* y la Misión Carmelita, que fue el inicio de la vocación sacerdotal de Monseñor Luna:

Ambos decidimos ser boy scouts y, como boy scouts, hicimos varios recorridos por diferentes partes de la Sierra y del Oriente. Fuimos tres veces al Oriente, una de estas veces fuimos a una misión de los padres Carmelitas en El Pun. Yo creo que a Alberto le gustó tanto este trabajo que estaban haciendo los padres carmelitas en el Oriente que, en ese momento, tomó la decisión de hacerse sacerdote carmelita.

El joven Alberto Luna estuvo un año en Quito en la antigua Santa Teresita (frente a la actual), en la calle Robles, entre Amazonas y Nueve de Octubre, aprendiendo latín, y un año después, en 1938, viaja a España para iniciar sus estudios sacerdotales. Se convertiría en el primer ecuatoriano en tomar los hábitos de los Carmelitas Descalzos en Burgos de Osma.

¿Qué pensaban sus padres cuando usted muy niño se fue?

Yo les pedí conversar largamente con los carmelitas, quienes eran los que patrocinaban ese viaje mío y no tuvieron recelo y me dejaron ir con uno de ellos que tenía que viajar a España.

Acompañado del sacerdote carmelita tomó un barco en Salinas rumbo al viejo continente, su primera parada fue en las islas Canarias. El joven aspirante a sacerdote jamás imaginaría la caja de sorpresas que ese viaje significaría para él:

Me fui en barco a España, con una absoluta autonomía porque iba confiado al cuidado de un padre carmelita, pero el padre carmelita se mareó un día antes de subir al barco y le duró el mareo hasta un mes después de

dejar el barco; yo no lo vi a él nunca durante el mes de viaje.

¿Qué hacía usted durante ese mes?

Que voy hacer yo, conversar con todo el mundo y conocer mucha gente, nunca he tenido dificultad de relacionarme con la gente.

Llegaron a Canarias y no encontraron barco para ir a la España continental, inmersa en plena guerra civil entre las fuerzas republicanas y las franquistas. No había otra comunicación posible sino la militar.

El joven aspirante y el sacerdote carmelita pasaron un mes en las islas Canarias hasta que, al fin, lograron que los llevaran al continente en un barco repleto de los temibles «Legionarios de la muerte», sanguinaria fuerza franquista de la guerra civil española.

Monseñor Luna recuerda con emoción ese episodio que le abrió las puertas a la imaginación, y los ojos a un mundo hasta entonces absolutamente desconocido:

Al mes de estar en Canarias, entre La Laguna y Santa Cruz de Tenerife, como huéspedes en un convento de franciscanos, nos ofrecieron pasajes en un pequeño barco en

el que viajaba un grupo de voluntarios de los famosos legionarios de la muerte.

Después de tres días de viaje desde Tenerife a San Fernando, llegó a hospedarse en una cárcel. Resulta que el convento de los carmelitas se había convertido en cárcel franquista:

Así que llegué después de tres días de viaje de Tenerife a San Fernando y bajé en San Fernando. También esto es impresionante; mi primer encuentro de la vida religiosa de carmelita después de la experiencia que tuve en Santa Teresita en Quito, de la que tengo muchos recuerdos bellos, fue la de llegar a hospedarme en una cárcel. El convento de San Fernando era cárcel de curas vascos anti-franquistas; los curas estaban presos allí. El gobierno tenía una cantidad de presos políticos, todos los que eran enemigos del levantamiento, entre ellos curas, pero el convento de San Fernando era cárcel de presos políticos vascos.

Todo esto se fue acumulando, impresionándome enormemente hasta descubrir lo que

definitivamente sería mi vida y que comenzó en el lado religioso en la provincia de Soria en España, en un convento muy lindo y muy tranquilo en Burgos de Osma. Burgos de Osma es una población que tiene historia anterior a Cristo, tiene historia desde el año 200 antes de Cristo, es decir hoy cuenta con 2 200 años.

Viví en España ocho años seguidos, hice toda mi carrera religiosa, sufrí las consecuencias de la guerra española. Viví inmensas impresiones duras pero, por otra parte, no dejo de agradecer a España la formación que recibí, tanto en la vida de convento como, y sobre todo, en el plan de estudios y en el conocimiento del grupo más humano y más definido de España que es el castellano. Mi vida fue, sobre todo en Burgos, Soria y Asturias, lo más parecida al Ecuador.

Monseñor Luna recuerda brutales historias de esta guerra fratricida, historias que le contaban los combatientes y que no hacían sino llenarlo de fascinación:

Quizá una de las impresiones más fuertes de mi juventud —o de mi casi niñez— son

las historias de la guerra que me contaban los legionarios. ¡Qué brutalidades y qué cosas seudo heroicas que me contaban! ¡Cuántas de ellas serían ciertas! Pero el teniente Fernando Pérez del Pulgar, que mandaba a ese grupo de legionarios, les dijo —recuerdo con claridad—: «Donde uno de ustedes, acémilas infelices, me escandalicen a esta criatura, lo pagan a palos, prohibida toda mala palabra. ¿Y qué hacían los legionarios sin decir malas palabras? Tuve que decirles que yo no confesaría nada de lo que contaran, todo con la sazón y sal que ellos quisieron decirlo.

De Sevilla a Burgos viajaron durante tres días en tren y muchas vigiliass las pasó matando chinches, que era una plaga que azotaba a España por aquella época. Tiempos de enfrentamiento, al fin, el niño ecuatoriano que había llegado a España para hacerse sacerdote comenzó a convivir con los rigores de la guerra. El ritual nocturno de matar insectos era para el curioso Alberto Luna como un abreboca a una vida llena de disciplinas, dificultades, pruebas y privaciones que se le abría por delante:

El tren estaba lleno de chinches. Trenes de guerra. Teníamos obligación cada uno de los

viajeros en cada uno de los vagones del ferrocarril, durante esas tres noches, de ofrecer para nuestro sector horas de vigilia para matar chinches. Esto era necesario porque producían unas pestes mortales.

La guerra civil española entre los republicanos rojos y las huestes de Franco impactó hondamente en este joven inquieto que quería ser sacerdote:

Sufrí las consecuencias de la guerra española, un año de guerra española que fue terrible. Las consecuencias que quedaron después de la guerra, el odio entre rojos y blancos: tú eres rojo, no mereces vivir; tú eres blanco, tienes todo privilegio.

En algunos momentos de la guerra, entre los años 1938 y 1939, colaboró con la Cruz Roja española cuidando y transportando heridos. Esas y otras experiencias dejaron en su mente y en su corazón una enseñanza fundamental para su vida:

Una pasión absoluta y total contra la violencia sistemática; contra la violencia sistemática porque, por otro lado, nunca dejaré de

aceptar que he reconocido en algunos casos de violencia en los que ha sido el único modo de defender lo justo. Hay un problema ético muy grave en eso de saber distinguir cuándo realmente la utilización de medios violentos no es ofensiva para nadie.

Y además la guerra le tocó en carne propia con una serie de privaciones que fueron fortaleciendo su espíritu e inculcando en su corazón el amor al prójimo:

Nosotros tuvimos cinco años de hambre. Pasarse un día con tres hojas de lechuga y dos sardinas no era humano. Y eso era para todos, yo creo que el obispo y el sacristán tenían el mismo ayuno... Todo el mundo.

El hambre enseña muchísimo: los oficios que yo aprendí para llenar los vacíos producidos por el hambre, no los habría aprendido si hubiera tenido una formación más cómoda, menos dura. He aprendido mucho y lo único que lamento es no haber aprendido —era difícil en esa época— a ser cocinero, pero otros oficios sí los aprendí: soy muy buen sastre, sé coser y cortar bastante

bien; soy un buen peluquero, he cortado muchas cabezas en mi vida. Centenares...

Cuando recuerda las cabezas que ha cortado ríe de buena gana. Es evidente su ironía. Pero nos interesa hurgar un poco más en su memoria de esa guerra terrible y le preguntamos:

¿Recuerda alguna otra anécdota de la guerra civil?

Los odios de unos contra otros... Vi tanta víctima del frente y tanta víctima del odio...

Después viví cuatro años finales en Oviedo, que fue la ciudad más roja de España, los obreros controlaron Oviedo un tiempo y ahí, durante mi formación teológica y mis estudios, viajé muchísimo para conversar y trabajar mi formación social con los obreros del carbón. Sé lo que es trabajar en minas doscientos, trescientos y cuatrocientos metros bajo tierra, en minas de carbón. Sé lo que es ir sintiendo la penetración del carbón en los pulmones... Después se hace ya la silicosis, la enfermedad con la que terminan sus vidas todos los mineros. Tuve esos cuatro

años —especialmente de Oviedo y uno anterior en Burgos— una experiencia que yo sí desearía para muchos, para que comprendan lo que significa la más dura de todas las realidades de la vida humana, la experiencia de hambre.

¿Sentía simpatía por alguno de los dos bandos?

Vivía en el bando de Franco y allí había que ver cómo era la pasión en ambos lados. Yo no sentía simpatía por uno o por otro, mentiría si diría que sí. Yo no tolero que se mate a nadie y nunca lo toleraré... Tantos casos de condenas a muerte solo porque es rojo, solo porque lo acusan de tal. Las condenas que se hacían eran criminales. Ahora, sobre mi definición política por tal o cual línea frente a lo que fue la España falangista, podría decir que por el falangismo nunca me incliné. Pero por ciertas líneas de orden que se imponían y por el cuidado de la paz pública, sí, y por ciertas líneas sociales y económicas que se establecieron, también; pero por otra parte, en mi mentalidad siempre hubo una definición por lo social y lo democrático.

Durante su etapa de aspirante a sacerdote estudió con pasión, entre otras razones porque según nos cuenta era el único novicio latinoamericano y no podía estar sino a la altura de sus compañeros españoles:

Con un gran capricho por estudiar y sacar mejores notas que mis compañeros, porque era el único americano. Tenía la pretensión de estar al nivel de ellos o ganarles y eso lo conseguía estudiando con una pasión loca. Mis superiores nunca me prohibieron el acceso a la maravillosa biblioteca que tanto en Burgos como en Oviedo tenían; yo leí todo lo habido y por haber, lo que no me acuerdo es si tomé en cuenta el índice de obras prohibidas por la Iglesia, porque sí creo que leí muchísimas de ellas.

Tras la invasión peruana en 1941 se presentó como voluntario en el Consulado ecuatoriano de Sevilla, pero no fue aceptado. Ejercía las funciones consulares un ecuatoriano ilustre: José Rumazo González, quien años después se radicaría por mucho tiempo en Venezuela.

Un año después, en 1942, murió su padre y el 25 de julio de 1946 fue ordenado sacerdote en la Cartuja de

Miraflores de Burgos; tenía 23 años de edad y muy pronto daría su primera misa. Había concluido sus estudios, además, del bachillerato español y los cursos de Teología y Filosofía.

En 1946 regresa al Ecuador e ingresa a la iglesia de Santa Teresita de los padres carmelitas, ubicada en el sector de La Mariscal en Quito, precisamente en la calle Robles, entre Nueve de Octubre y Amazonas. Allí tuvo lugar su primera misa, un 23 de noviembre.

Su prestigio corrió como pólvora. Muy pronto el Padre Luna —como afablemente lo llamaba la aristocracia quiteña— se convirtió en un fantástico orador y sus sermones eran seguidos con avidez por los feligreses que llenaban la iglesia a la que asistía la alta sociedad quiteña, para quien, como hemos dicho, los puntos de vista del Padre Luna eran la última palabra para resolver conflictos de fe y de moral. Las señoras elegantes de Quito frecuentaban, especialmente, la misa de doce y media todos los domingos. En total, fue Párroco de Santa Teresita durante 22 años, hasta 1968.

Miembro al fin y al cabo de la élite social capitalina el Padre Luna fue considerado como su hijo predilecto. Le consultamos:

Usted llegó a ser una especie de última palabra para la alta sociedad de Quito, lo que usted decía era la ley.

Creo que sí. Bueno, había muchos sacerdotes con peso, pero creo me favorecía muchísimo la sociedad de Quito en todo sentido. Confiaban mucho en mí, yo estuve al servicio de ellos. Ahora mucha gente piensa que yo he cambiado de actitud, pero no es así, yo sigo siendo amigo de todos.

La misa de doce y media era un acontecimiento social y religioso. La iglesia se llenaba de bote a bote y el Padre Luna brillaba por sus vehementes sermones.

Gran recurso de mi publicidad fueron los sermones de las misas de Santa Teresita, por eso me hice conocido, y en esos sermones yo no creo que haya adulado a nadie y sí creo que censuré siempre y fuertemente todo lo injusto, inclusive arriesgando mucho.

Patricio Lasso Carrión, su compañero de escuela, recuerda esos sermones que constituían una guía imprescindible para los fieles:

Sus sermones siempre eran maravillosos, él siempre tuvo una profundidad para analizar los fenómenos espirituales y religiosos, era además un filósofo, conocía las raíces del funcionamiento de la mente humana, de su forma de expresar los pensamientos, todo eso con una médula de sentimiento de amor hacia los demás como forma de amar a Dios.

En 1948 fue designado como secretario de la Junta Orientalista Nacional, organismo ante el cual representó a todas las misiones católicas. Esta función le fue otorgada por el entonces Ministro de Gobierno, el ilustre guayaquileño Juan Tanca Marengo, durante el gobierno de Carlos Julio Arosemena Tola.

En 1969, luego de haber sido por varias ocasiones Superior de la Orden de los Carmelitas de Quito y Legado Provincial en el Ecuador, viaja a Roma con la tarea de visitar comunidades carmelitas de muchos países del mundo e informar y aconsejar acerca la marcha de los distintos conventos. Recorrió casi todo el mundo, los cinco continentes. Fue un trabajo agotador que estuvo a punto de costarle la vida, pues en determinados momentos llegó a estar sumamente enfermo.

Entre lirios y sahumerios encontramos al hermano José Castañeda, quien estudió en España con el entonces novicio Alberto Luna Tobar y luego estuvo con él durante veinticinco años en la iglesia de Santa Teresita. El hermano José aún sigue allí. Es español, vino de misionero a Esmeraldas, pero él y todos sus compañeros enfermaron. Entonces pasó a Quito. Lleva cincuenta años en el Ecuador y participó activamente en la construcción del templo carmelita junto con su párroco, el Padre Luna.

Una publicación de los padres carmelitas recuerda que:

«En febrero de 1934, el Reverendo Hieroteo Valbuena del Carmen, Superior de los Carmelitas de Quito, firma un contrato con la Sociedad de Mejoras Urbanas, por el que adquiere en propiedad un terreno entre las calles Robles, Roca y avenida de Las Amazonas de la incipiente barriada residencial Mariscal Sucre. Sin personería jurídica, por achaque de la época, actúan y compran el terreno nominalmente el doctor Moisés Luna (padre de Monseñor Luna) y don Luis Tobar Donoso (su tío)».

En su publicación, los Carmelitas expresan su entusiasmo por lo que consideran una verdadera proeza:

«La historia de la construcción del nuevo templo a Santa Teresita, en el barrio de la Mariscal Sucre, en esta ciudad

de Quito, es sencilla y milagrosa, como su patronal advocación. No le ha acompañado el ruido ni el llamado vocinglero de las grandes exhibiciones. Sencillamente ha crecido, entre mil dificultades ocultas, haciendo surgir la gracia florecida de su encanto gótico grito o plegaria encarnados en la piedra del fondo del silencio, del sacrificio, de la oración y de la limosna».

«Es imposible traducir en signos el misterio de algo humanamente inexplicable, no admite razón humana la aventura de la construcción de este monumento de fe...»

«Y de la limosna del pobre y del donativo rico, grande o pequeño, se ha elevado una plegaria perenne: la ojiva que corta el imperio de la materia, quebrando la fuerza del arco para fundir dos ilusiones grávidas en una sola oración eviterna...»

El Hermano Castañeda recuerda cuando Monseñor Luna, luego de haber concluido la construcción de la iglesia, debió partir a Roma:

Le mandaron a Roma como Consejero General de la Orden, estuvo tres años, vino muy enfermo.

Mientras conversamos y revisamos fotografías antiguas, cae en las manos de Monseñor Luna una en donde aparece él, bastante demacrado, en las ruinas de Pompeya:

Eso es en las ruinas de Pompeya, cuando estaba en un estado anímico y físico casi, casi final.

Seguimos revisando fotografías: de novicio en España, cuando dio su primera misa, de torero con sotana y todo, con varios Papas, cuando Roldós y Hurtado le despidieron una vez que fue nombrado Arzobispo de Cuenca, en fin...

En Ámsterdam, subiendo a una de las barcas y a punto de regresar al Ecuador después de mis años romanos.

En 1971 ingresa a la Academia Ecuatoriana de la Lengua y en 1988 pasa a ser Miembro de Número en reemplazo de su tío, el doctor Julio Tobar Donoso.

Diez años después, en 1981, es designado por el Nuncio Apostólico Vicenio Farano como Arzobispo de Cuenca. Sucede en esa función, tras su fallecimiento, a Manuel Serrano Abad.

La foto de ese acontecimiento se queda un momento entre sus manos y Monseñor recuerda con algo de nostalgia aquel día en que su vida giró, de consejero de las élites a pastor de los más tristes y pobres.

Cuando me despidió Quito para venir a Cuenca, en el Quito Tenis: Roldós, el Doctor Córdoba, Oswaldo Hurtado, Alfredo Pareja y su mujer.

En Cuenca rompe con la tradición del Arzobispo centrado únicamente en su labor dentro de las cuatro paredes de la catedral o de la curia. Sale al campo, a mirar con sus propios ojos la realidad campesina. Muchos indígenas ven por primera vez a un Arzobispo recorriendo sus chacras y compartiendo sus penurias.

Su contacto con la pobreza campesina del Austro probablemente le compromete aún más en su relación con los más débiles. Según Monseñor, la preferencia por los más pobres fue siempre su vocación, aunque mucha gente piensa que durante sus años de Santa Teresita vivió despreocupado de los pobres y más bien dedicando su labor pastoral a las personas ricas de Quito.

Y aunque según Monseñor Luna no hubo cambio alguno entre el Padre Luna de Santa Teresita y el Obispo de

los pobres de Cuenca, muchos de los antiguos feligreses de la elegante iglesia quiteña le acusaron de comunista y le dieron la espalda:

Yo recuerdo, y con mucho cariño, todo lo que fue Quito, a pesar de que mucha gente de Quito me dio la espalda en privado y en público.

Sin embargo, a la salida de la misa de Santa Teresita varias personas entrevistadas confesaron que recuerdan con mucho cariño al Padre Luna:

Ha ido por todo el Ecuador, ha hecho mucho beneficio al país.

Gran sacerdote, daba unos sermones pequeños pero con bastante mensaje, un buen confesor, todo era excelente aquí.

Verdaderamente ejemplar, en él se cumplen todas las condiciones necesarias para que sea un hombre venerable: santo y sabio.

Es una maravilla, él sí es puro representante de Dios.

Sé que es una persona sumamente entregada a su labor pastoral, en ese sentido tiene la admiración nuestra, de los cristianos.

Transcurridos muchos años desde aquellos días de la iglesia de Santa Teresita, Monseñor Luna conserva intacta su lucidez y la extraordinaria fuerza de su oratoria, puesta de manifiesto, como todos los días, el pasado Miércoles Santo (1998) en la catedral de Cuenca.

Fuimos testigos de una escena que se ha repetido miles de veces: Monseñor vistiéndose en la soledad de la sacristía de la catedral para su diario oficio de predicar la palabra del Evangelio. De manera pausada, quizás rutinaria pero no desprovista del encanto sobrenatural de guiar a esa multitud de creyentes, algunos con rostros desesperanzados, el Prelado se colocaba las prendas propias de quien va a decir la misa. Uno que otro feligrés traspasaba el umbral oscuro del altar mayor para aventurarse por la sacristía, ese sitio que de niño intuía misterioso y lúgubre. Esa vez, visitando a Monseñor Luna en la sacristía de la catedral de Cuenca, me pasaron tantas imágenes de mi niñez cuando en la iglesia de La Compañía en Quito, donde me confesaba a instancias apremiantes de mi madre, me preguntaba con loca curiosidad qué habría detrás de todo ese dorado impresionante del altar mayor

y qué sorpresas aguardarían detrás de esa pequeña puercecilla que, en una esquina del inmenso mural repleto de obras de arte de incalculable valor, se abría y se cerraba de cuando en cuando para dar paso al sacristán.

Debieron transcurrir muchos años para recibir la respuesta en Cuenca, al encontrar un muy sencillo aunque amplio salón en donde se guardan, en muebles sin ninguna pretensión, todos los utensilios y prendas necesarias para el oficio sacerdotal.

Allí fui testigo de la inmensa paciencia y bondad con que Monseñor Luna atendía a cuanto feligrés angustiado requería su consuelo.

Entrevistamos a Sor Amable, la persona encargada del manejo administrativo de esta inmensa catedral. Ella y dos personas más hacen todo lo que hay que hacer allí. Pregunté a Sor Amable su opinión sobre Monseñor Luna:

Él es un sacerdote, tal vez de los únicos que he conocido, que es para todos: para el pobre, para el rico, para el caído, para todos ha sido él. También es humanitario, él comprende las necesidades de cada uno y realmente es un verdadero «padre» aquí en Cuenca; son

muchas cosas que nosotros ignoramos, las obras que él ha realizado. A veces, se oye por la gente las obras que tiene; por ejemplo, en Santa Isabel sé que atiende a los niños desvalidos, tiene aquí el Donum donde hay médicos y abogados gratis, Como él tiene su sabiduría y tiene su humildad, pasa que casi nadie sabe lo que hace: como se dice frecuentemente «lo que hace la mano derecha la izquierda no lo sabe».

La opinión de la gente en las calles de Cuenca es del mismo tenor:

Es una autoridad eclesiástica muy justa, muy recta y que es solidario con las personas.

Es una persona proba, inteligente, honesta, capaz, que ha hecho mucho por la ciudad de Cuenca.

Es muy bueno con todos los pobres, celebra la misa muy bien, viene mucha gente católica. Lo queremos mucho en Cuenca.

En Cuenca, mientras investigábamos algunos detalles de la vida de Monseñor Luna, cae en nuestras manos

una breve publicación anónima, firmada el 10 de diciembre de 1996 por «Las ovejas, incluidas las negras», que reproduzco porque considero retrata de manera muy vívida la vida, obra y manera de ser de este hombre excepcional:

Hace tres lustros que llegó. Usaba todavía el hábito carmelita y algunas veces, al principio, una sotana negra, severa, que lo alejaba un poco. Cambió lo formal por una chompa de lana y una boina, dejó intacta la sonrisa cercana y el corazón enorme. Hizo de padre y de hermano grande. Compartió el más humilde plato con el humilde. Un día nos contó que la madre que alimentaba muchas bocas, invitaba siempre al más pobre a compartir con ella un bocado: «Con amor el mote crece en la olla». También celebró la Eucaristía con el loquito del pueblo. Porque se le acercan y comparten igual una lágrima que un pan mestizo. No hay lugar que no haya sido atendido con amor y con humildad. Hospitales y cárceles, comunidades y parroquias. Madres y niños, jóvenes y ancianos. Sin miedo ha defendido y defiende a toda víctima de un acto de injusticia.

Porque de muchas maneras y a diario se atropellan los derechos humanos. No solo cuando se hiere, se maltrata o se quita la vida a alguien. Él sabe de mujeres y hombres, familias, que no encuentren dónde vivir, a quienes exigen lo que no tienen por lugares insalubres y en las peores condiciones y que no son casos aislados, son miles; de escuelas y colegios discriminatorias que piden requisitos para matrículas de los niños; de las mil formas de explotación del pobre: si no tiene trabajo le ofrecen menos; si más necesita, todos quieren sacar ventaja; patronos que descuentan el vestido o los zapatos viejos o que dan el pan del día anterior a sus empleados; y de la injusticia de la justicia; y de los viejos, a quienes relegan las familias; y del uso político de todas las miserias; y de todas las tristezas, de unos y otros, de las personas y de las comunidades. Pero también sabe de la esperanza y la paciencia. Y de este intraductible destello de luz que es un niño, todo niño. Y del valor de cada vida. Y como Cristo, él ha sido quien ha tomado la delantera. Para mostrarnos el camino de la solidaridad. Del encuentro. Del

valor y la alegría del servicio. Para pedirnos que dejemos el miedo. Que la vida es una sola y corta y cada instante cuenta. Cuenta en la decisión y la ternura de la entrega, que es con la que nos acompaña y nos apoya. Cuenta en el amor que nos ha dado cada uno de los días de estos quince años de ser amigo y maestro. Cuenta en la opción sin retorno que asumió hace mucho. Jugarse todo por los más necesitados y aprender de ellos, a diario.

Monseñor Luna confiesa su admiración por el Obispo de los Pobres, Monseñor Leonidas Proaño (ya fallecido), el Obispo rojo, terror de los terratenientes de Chimborazo. Y se confiesa también abiertamente partidario de la Teología de la Liberación.

¿Usted es partidario de la Teología de la liberación?

Sí, abiertamente. No niego que algunos teólogos de la liberación en algún momento tuvieron sus errores, sus apreciaciones equivocadas, pero hoy estamos hablando en nombre de Dios de lo que en ello se condenó hace veinte años. Todo lo que ellos

***escribieron sobre la deuda externa hoy día
lo dicen no como Teología de la Liberación
sí no como cosa de la vieja teología.***

¿A usted le ha causado problemas ser partidario de la Teología de la Liberación?

No. Bueno, me han criticado muchísimo, donde pueden me critican por ello, pero como Cristo es nuestro liberador no tengo ningún miedo.

El Arzobispo de Cuenca vive en una casa obsequiada al Arzobispado por feligreses alemanes. Tuvimos allí una amena charla adicional, llena de humor y recuerdos y fuimos testigos de su reiterado compromiso con los más pobres, que pudimos apreciar en cada rincón.

Con una enorme sonrisa nos muestra un pequeño cajón de lustrar zapatos que nos dice le fue regalado por todos los niños betuneros de la Plaza Mayor de Cuenca. Es un cajón decorado con dibujos y pinturas de los niños y lleva inscritos los nombres de todos ellos. Un bello recuerdo, de los más preciados en su sala.

Me regalaron los betuneros, con todos los nombres de ellos, los betuneros de la Plaza

Mayor: el «Chita», el «Pato», el «Vaca», el «Mosca», el «Chino», el «Huevero»... Todos los nombres de ellos, me regalaron con las pinturas hechas por ellos también.

Así, recordando anécdotas y tratando de hurgar en sus pensamientos, sus visiones y sus convicciones más íntimas, recorrimos la casa. En cada pared un cuadro o un objeto con profundo significado. Me da la impresión que todo lo que adorna su casa tiene un sentido mucho más hondo que el solo deseo de decorar paredes.

Llegamos a un pequeño estudio en donde sobresale, sobre el escritorio, una vieja máquina de escribir. No usa computadora, se mantiene fiel a esas teclas sonoras que van como esculpiendo a pulso las ideas:

No he podido todavía entrar en la computadora, esta máquina me acompaña desde 1978, la compré en Roma y allí escribo los artículos.

En esta vetusta máquina escribe sus artículos que se publican en el diario «Hoy» de Quito y en «El Mercurio» de Cuenca. Ha escrito también en varias revistas y publicaciones, como las de las facultades de Derecho de las

universidades Católica de Quito y de Cuenca, en los Archivos de Psiquiatría y Criminología de la Casa de la Cultura núcleo de Quito, revistas de espiritualidad de España y Colombia, la revista «El Carmelo Ecuatoriano» y otras como «Avance», «Treinta Días» e «Iglesia», publicaciones cuencanas.

Ha sido coautor de otras publicaciones, como «Institutos Religiosos Hoy» (Madrid, 1975), «La Dirección Espiritual de Salesianos» (Quito, 1983), «Leonidas Proaño, el Obispo de los Pobres» (Quito, 1989), «Agonía de la Educación Media» (Quito, 1990), «Dios en deuda con los Hombres» (Cayambe, 1990), «Caridad y Nueva Evangelización» (Pirlápolis, 1990), «El Padre Solano y la Formación de la Nacionalidad Ecuatoriana» (Cuenca, 1991).

Monseñor Luna ha incursionado profusamente en la escritura y no solamente en artículos de prensa, sino en obras de mucho mayor alcance. Además de su ensayo «La Estética del Éxtasis» (1947), publicó «Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz» (1954).

Ha ejercido cátedras en varios institutos y universidades. En Roma, en el Instituto Teresiano dictó cursos de «Oración y análisis de la intimidad» y de «Enfermedad mental y vida de Gracia».

Durante varios años fue Rector de Las Mercedarias, el colegio femenino de Nuestra Madre de la Merced en Quito.

En la Universidad Católica de Quito dictó clases hasta abril de 1968 en las facultades de Derecho, Economía, Pedagogía e Ingeniería. Sus cursos fueron «Tratados teológicos de Gracia» y «Sacramentos y moral profesional», entre otros.

Mientras ejercía el Arzobispado de Cuenca se dio tiempo para dictar clases de «Derecho Romano» y «Teología» en la Universidad del Azuay.

Una enorme fotografía con el prelado sonriente, casi boca con hocico frente a un bello perro pastor alemán, su perro fiel que —según afirma— fue envenenado por la Policía durante el gobierno de León Febres Cordero, es motivo para que aflore su excelente sentido del humor. Califica la fotografía como un «diálogo entre pastores».

Este perro era mi compañero en todos mis primeros años en mi misión aquí, desde que nació hasta ya grande.

Y luego admiramos un toro metálico, que le regalaron los padres de los desaparecidos niños Restrepo. Y a renglón

seguido un muy buen cuadro de Bernardino Luini, según nos informa, discípulo de Miguel Ángel.

Y entre sus más preciados tesoros un cuadro pintado por su madre y que ella quiso que siempre estuviera en sus manos.

En agosto de 1988 una joven cuencana llamada Patricia Talbot conmocionó al país con sus revelaciones sobre la presunta aparición de la Virgen María en el páramo de El Cajas, en las afueras de Cuenca.

Se encendió enseguida una polémica sobre la veracidad de las aseveraciones de la joven. Se habló de manipulación, manejos interesados, en fin, de todo. Monseñor Luna, como Arzobispo de Cuenca, debió tomar cartas en el asunto.

En algunos círculos se interpretó la posición de la joven Talbot como una manipulación política de grupos de derecha, tendiente a aprovechar la fe religiosa del pueblo a favor de sus tesis. Otros hablaron de presuntos negocios turísticos en el área de El Cajas, para lo cual la aparición de la Virgen venía como anillo al dedo.

Lo cierto es que el anuncio de la aparición de la Virgen María en El Cajas congregó a miles de fieles de todo el

país que hicieron romería hasta esa bellísima zona montañosa para estar presentes el día en que aquella hablaría por medio de la joven Patricia Talbot.

La presunta aparición tuvo lugar y la joven vidente transmitió, con acento español, el mensaje de la Virgen. La polémica no cesaba. Unos creyeron en la aparición y otros calificaron al hecho de farsa. Transcurridos diez años, Monseñor Luna explica su posición sobre el tema:

Sobre lo que Patricia haya sentido jamás me he permitido hacer una opinión personal. Formé un tribunal de hombres muy serios, muy conocedores de estos problemas, que está permanentemente funcionando, no ha dejado de funcionar. Urgido ese tribunal por la misma gente que estaba alrededor de Patricia, dio un informe público diciendo que no había argumento para pensar en cosas sobrenaturales, que podía tratarse de un fenómeno natural. Ella quiso hacer un voto de silencio y lo ha cumplido, ella no ha vuelto a hablar más.

En efecto, Patricia Talbot resolvió un voto de silencio sobre el tema, según me dijo, voluntario, con la intención de

alejara la polémica sobre un hecho que para ella resultó trascendental en su vida, pues la cambió de modo radical.

Visité a Patricia Talbot en su casa de Cuenca. Previamente, Monseñor Luna autorizó que hablara conmigo. Patricia Talbot se encontraba orando, en su oratorio privado, en una pequeña habitación en el segundo piso de su residencia. Accedió a esta entrevista exclusiva a condición de que le permitiésemos guardar su voto de silencio sobre lo esencial, la aparición de la Virgen en el cerro de El Cajas, hecho que aconteció el 28 de agosto de 1988. Yo tampoco quise insistir, por respeto a sus convicciones, en el tema mismo de la aparición sino más bien en las consecuencias que esta tuvo para su vida.

Patricia me causó una grata impresión. La encontré sincera, desde mi percepción, incapaz de montar una patraña. Me pareció una persona muy dulce y buena, con una profunda tranquilidad de espíritu que parecía emanar del fondo mismo de su alma.

Me explico que su voto de silencio no fue una imposición de la Iglesia ni de Monseñor Luna, como algunas personas sostienen:

Mi voto de silencio fue algo voluntario, nunca fue impuesto por la Iglesia, pienso que los hechos de El Cajas, la vivencia que la Virgen dejó en mí, para muchas personas se necesita vivirla, hacerla realidad.

¿Cómo cambió tu vida después de lo sucedido?

Yo era una persona fría, una joven que se dedicó al modelaje durante muchos años. No me interesaban las cosas de Dios en una forma profunda. Iba a misa de vez en cuando. La verdad es que me cambió muchísimo, todavía tengo mucho que cambiar.

Muchos piensan que Patricia Talbot podría guardar algún tipo de resentimiento con Monseñor Luna, por el hecho de que éste de alguna manera sembró dudas sobre los hechos de El Cajas o, al menos, no apoyó abiertamente su versión. Por ello quisimos conocer su criterio sobre Monseñor Luna:

Creo que es un hombre maravilloso, increíble, él para mí se ha convertido como en un padre. El sentimiento que tengo hacia él, en los primeros tiempos que yo le conocí, siempre fue

de mucho cariño, él siempre quiso protegerme, ayudarme, nunca quiso nada malo para mí, jamás, todo lo contrario, tal vez mucha gente tenía impresiones contrarias pero lo que yo vivía con él era maravilloso. Yo le he llegado a tener el cariño de mi segundo papá.

Aunque Monseñor Luna no duda de lo que pudo sentir y vivir Patricia, cree que hubo un fenómeno de inducción colectiva y, ante mi pregunta, prefiere ironizar un poco sobre el tema:

Ustedes saben lo que hacía el dedo del doctor Velasco, él enganchaba a la gente por horas. Fidel tiene a los cubanos siete horas hablándoles y ellos no se mueven, y miren que los cubanos se mueven desde lo íntimo de su ser, a la primera nota que oyen ya están bailando, pero a Fidel lo oyen quietos siete horas. Hay inducciones sociales.

Otro tema que puso a prueba el coraje y el compromiso social de Monseñor Luna fue cuando en 1994 la montaña se vino abajo en el sector de La Josefina en la provincia del Azuay, formando una gigantesca laguna.

La tragedia dejó varios muertos y centenares de damnificados, muchas personas perdieron absolutamente todo lo que poseían.

Fue una situación dramática: la laguna formada en La Josefina crecía minuto a minuto e iba cubriendo casas, sembríos y caminos. Monseñor Luna acudió de inmediato en auxilio de los perjudicados, la tragedia fue terrible.

No puedes imaginar qué trágico era acá abajo, en la montonera de piedras donde están ahora los tractores. Los perros buscando la ropa de sus seres queridos y una viejita con lo que le trajo el perro en la boca, que eran pedazos de la pollera de su hija.

El pastor se puso al frente del operativo de ayuda. Manejó con escrúpulo las donaciones, aconsejó y dio consuelo. Así les hablaba a esos pobres campesinos azuayos que lo habían perdido todo en la población de El Progreso que quedó borrada del mapa:

Esto es lo que les pido por amor de Dios: no nos separemos, la desgracia tiene que unirnos más para ser más fuertes y construir unidos; juntos hemos de hacer algo nuevo, el

nuevo Progreso, acuérdense lo que les digo, juntos hemos de hacer el nuevo Progreso en el que todos tengan un trabajo digno y tengan con el trabajo su capacidad de ir poco a poco haciendo lo suyo. Ahora es Viernes Santo, más viacrucis y más dolor que el que ustedes tienen no lo puedo pedir, lo único que les pido es que cada uno de ustedes se sienta ayudado por Cristo. Ustedes han vivido en el calvario no un día, ni una hora, sino muchas, cargando arena, cargando hambre, cargando piedras, ahora Dios está aquí para ayudarnos...

Monseñor cumplió con su misión más allá de lo esperado. Más de seiscientas casas fueron reconstruidas y muchas comunidades, entre ellas El Progreso, se asentaron en otras tierras.

Pero la labor social de Monseñor Luna no paró allí. Las cárceles lo vieron muchas veces en su interior mitigando el dolor y compartiendo pan y bromas con los presos.

Visitamos la cárcel de mujeres de Cuenca para cerciorarnos de la labor pastoral del Obispo de los pobres. Una mujer detenida nos dio su testimonio:

Durante el tiempo que he estado aquí me ha ayudado en las recetas, él y la señora Belén, han sido muy buenas personas en todo lo que han podido ayudarnos, también a los niños de la cárcel.

Otra detenida nos habló de la ayuda que recibió cuando dio a luz en la cárcel:

Tuve una niña, nació aquí, ella nació enfermita, Monseñor le ingresó a una clínica y vio por ella.

El Director de la cárcel también dio su versión:

Siempre ha tenido una presencia dentro del Centro de Rehabilitación de Mujeres de Cuenca, colaborando espiritualmente y dando también su colaboración.

Pero quizás la obra más importante de su vida es una fundación que provee servicios de primer orden, gratuitos o de muy bajo costo, a todo aquel que acredite la condición de pobre.

La fundación está dirigida por Juan Cuvi, ex miembro del grupo subversivo Alfaro Vive Carajo, quien pasó

varios años en la cárcel tras el secuestro del banquero Nahín Isaías. La Policía, al mando del propio Presidente de la República, León Febres Cordero, intentó un operativo para liberarlo, pero el banquero resultó muerto, al igual que sus captores. Nadie quedó vivo. Cuvi fue acusado de ser uno de los autores intelectuales. Fue encarcelado y torturado.

Al salir en libertad, Monseñor Luna confió en él y le encargó el manejo de la fundación. Cuvi nos recibió y nos contó los proyectos que están en marcha:

Cuando ocurrió lo de La Josefina recibimos una serie de donaciones para asistir a los damnificados, sobre todo en el área de salud, lo que hizo que la parte de salud de la fundación crezca bastante aceleradamente. En este momento tenemos proyectos en algunos cantones de la provincia y el policlínico en la ciudad de Cuenca. Adicionalmente tuvimos financiamiento internacional para proyectos de crédito, de microcrédito y para algunas obras complementarias al área de salud.

La conversación con Monseñor Luna en la curia cuencana se prolongaba. El tiempo pasaba sin que nos diésemos

cuenta, la entrevista hurgó por los vericuetos de la niñez, la vocación, la ideología, los compromisos, el humor y también las pasiones ocultas, como los toros, por ejemplo:

Me encanta torear, pero como profesional no hubiese sido bueno, me encantó como aficionado, pero me hubieran obligado a matar y no hubiera podido.

Hablando de toros se emociona y dibuja un pase por todo lo alto de su escritorio:

Cuando uno lo ve pasar al toro buscando el capote... Es una comunión con el animal, yo creo que el animal lo percibe. Cuando uno lo ve torear a Enrique Ponce uno dice: «Los ángeles tienen que torear así».

Muchos discrepan con Monseñor Luna, algunas personas lo acusan de comunista y no faltan los que creen que tienen intencionalidad política en lo que dice y en lo que hace. Todo ello depende mucho del cristal con el que se miran sus acciones pero, probablemente, muchas más personas piensan que es un hombre de



gran profundidad filosófica y comprometido con el mensaje más genuino del cristianismo.

Ante la versión de que Luna es un «cura comunista» acudimos al secretario de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Monseñor José Eguiguren, quien aunque tiene una posición distinta a la de Luna en muchos temas, descarta de plano esa percepción:

No saber ni lo que es comunismo ni entender la filosofía del Arzobispo Luna, eso no es comunista. Lo que hace es amar a sus semejantes y amar a los más pobres y amar a los que más necesitan ser amados y ser ayudados. Lo que sucede es que él fue descubriendo el contacto con la gente, especialmente en la Arquidiócesis de Cuenca y esto lo hizo más sensible a esas pobrezas, a esas miserias y su amor por los pobres se hizo mucho más visible.

Decir que Monseñor Luna es un comunista es una equivocación inmensa, son personas que no están de acuerdo y que piensan que un hombre de una familia tan conservadora debería continuar siendo conservador en

su modo de ser y no hacerse un poco hombre de izquierda, como mucha gente lo tilda.

En la última parte de la entrevista intenté rebuscar un poco en su personalidad, en el conjunto de criterios que sobre distintos temas posee, lo cual nos permitirá a cada uno de nosotros tener una visión más fiel de este hombre comprometido a fondo con las causas que cree justas y dignas. Le pregunté directamente si se considera un hombre de izquierda o de derecha:

Si los que tienen una preocupación social están a la izquierda y los que tienen un individualismo muy egoísta están a la derecha, yo no podría estar nunca con el egoísmo individualista, tendría que estar siempre con la izquierda social. Hay una cosa que yo quisiera decir: ¿Cuál fue el fracaso del comunismo? El económico, porque su mentalidad, su sociología siguen vigentes, la línea social sigue vigente.

Ya llevamos casi dos horas de entrevista, entonces me propongo introducirme en lo más profundo de esta mente preclara, que no para de generar pensamientos y que los genera con transparencia infinita. Pareciera

que Monseñor se esfuerza en decir lo que cree con toda la nitidez necesaria para que nadie se lleve a engaño. Y nos asalta una duda y le preguntamos:

¿Por qué Dios permite que haya tantas diferencias entre pobres y ricos?

Es una de las cosas que tenemos que seguir preguntando a Dios y ojalá nos conteste, porque uno no explica esta soberana injusticia, esta cosa que es palmaria en la humanidad: ¿Cómo puede haber tanto pobre y tanto fastuoso e inútil rico? Debería haber una acción de solidaridad que quite la brecha entre ricos y pobres y que seamos más hermanos y hermanas.

¿Cree usted en la lucha armada?

No, porque considero que lo que nace de la pasión y del apasionamiento no tiene un ideal que aglutine, un ideal que unifique; así el desahogo es violento y con el desahogo se acaba toda la noción personal.

¿Cuál es su relación con la jerarquía eclesiástica?

Con el Papá extraordinariamente buena. Hay hermanos que puede ser que no piensen como yo y algunos, concretamente, sí me lo han dicho.

¿El celibato es un gran problema?

El celibato es una ley de la Iglesia, no es una ley de Dios, es un problema muy grande y sí hay preocupación muy grande en la Iglesia, en todos los órdenes de la Iglesia. No sé si eso algún día pueda tener una actitud diferente.

¿Alguna vez se ha sentido tentado de dejar el sacerdocio por el celibato?

No. Tener tentaciones toda la vida, todos las tenemos y el que diga que no las ha tenido es demasiado púdico o mentiroso. Yo creo que todos tenemos tentaciones y creo que es mejor tenerlas, a estar amputado.

¿Qué piensa del amor libre?

Me encanta algo que escribe Gironella en «Un millón de muertos». Dice que en una ciudad española poseída por un grupo rojo desfilaba una noche un grupo de mujeres del sindicato del amor libre y que un aldeano que las vio pasar les dijo: «Chicas, si no lo ponéis obligatorio estáis perdidas». ¿Qué es el amor libre? Yo creo que el amor es libre, si el amor no fuera libre no sería amor.

Pero el amor libre a veces lleva al divorcio, de modo que le preguntamos a Monseñor que piensa de esta institución jurídica que ha sido plasmada en el Código Civil ecuatoriano:

Yo creo que el divorcio desgraciadamente es un recurso para mucha gente; desgraciadamente porque qué más deseáramos que el amor perdure, ¿no es verdad?

En esos días copó la prensa mundial el escándalo sexual del presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, quien según relataron profusamente los medios de comunicación norteamericanos, practicó sexo oral con una joven

becaria de la Casa Blanca llamada Mónica Lewinsky. Bueno, en realidad quien lo practicó fue ella, incluso mientras el presidente daba órdenes por teléfono. El asunto de Estado llevó a Clinton a un proceso de juicio político en el Congreso norteamericano y, aunque no mermó su popularidad, lo colocó en situación harto difícil, también al interior de su familia.

Monseñor Luna tiene una opinión muy tajante sobre la moral del pueblo norteamericano, una parte del cual lanzó proclamas moralistas contra su presidente:

A mí me parece ridículo que los estadounidenses, que muchas veces no tienen ética en algunos aspectos sociales, especialmente en lo económico, hagan este escándalo pseudo moral. Me parece ridículo.

¿Pero cree culpable o inocente a Bill Clinton?

No lo creo inocente, tampoco lo creo tan culpable, lo que lo hace quedar más culpable a Clinton es que las niñas no tienen ningún recelo en publicar su culpabilidad. A ellas nadie las acusa de culpables porque lo han publicado, con eso ya las perdonaron; a él lo

declaran culpable porque se defendió, si él

¿Cómo define usted la moral?

Es universal. Si fuera particular estaríamos en la moral ocasional, en la moral individual, egoísta. Cada uno llama «moral» lo que le conviene. La moral es un juicio recto de valor, de las actitudes. Depende de la formación mental de las personas, de la cultura de las personas.

¿De Fidel Castro qué opina?

Yo lo estimo y siempre lo he hecho. No estoy de acuerdo con muchas actitudes que él ha tenido. Ya hablamos antes, al principio, sobre la violencia. Él fue un rebelde y la rebeldía tuvo que plasmarse en una revolución y la revolución ya sabemos lo que trae. Cuando se habla mal de Fidel Castro parece que se olvidaran de todo lo que fueron quienes lo precedieron, Cuba para Estados Unidos era su propio prostíbulo y nada más, pero yo creo que Cuba tiene valores que los americanos

debemos defender como fundamento de nuestra historia. Fidel tiene todo un pueblo con él y aunque se quiera decir que no, no necesitó policías para que el Papa llegue y salga tranquilo de Cuba, no necesitó ejército para defender al Pontífice. Estoy seguro de que si Clinton hubiera tenido la suficiente virilidad como para ir a Cuba, no hubiera necesitado llevar armamento de defensa, hubiera ido tranquilamente a Cuba y no hubiera más que una pifiada.

¿Y el Che Guevara?

Hago mía una expresión del Papa: fue un luchador por los pobres de un extraordinario heroísmo, porque él renunció a mucho.

¿Qué opinión tiene del Papa Juan Pablo II?

Abrir caminos es visión del Papa en todos los viajes del Papa no tuvo otra visión que abrir caminos de humanidad, que nos conozcamos más, que nos integremos más. Creo que hay una gran distancia entre integración—eso es solidaridad—y globalización. ¿Qué inspira la globalización? La globalización lo

que inspira es ser alcalde del globo, hacer del pueblo una alcaldía, una pieza y ahí ser alcalde; la integración es hacer un mundo mucho más sólido, sin vacíos, sin aristas y eso es lo que el Papa quería.

¿Y Pinochet?

Lo conocí cuando era profesor de la Academia de Guerra ecuatoriana, vivía cerca de Santa Teresita e iba a la misa allí, ahí lo conocí. También le conocí al Cardenal Solano que entonces era director de la Cancillería en Quito y después fuimos amigos en Chile; en esa época estuvieron ambos en Quito. Y Pinochet para mí, como todo dictador, no merecía consideración mayor. Yo creo que fue un hombre que hizo mucho daño, fue un verdugo.

¿Cuál sería entonces el personaje más cercano a su ideología, con qué personaje de la historia contemporánea se identifica mejor ¿Gandhi tal vez?

Sí, sin ninguna duda, y también el último ruso, Gorbachov, creo que ha sido uno de

los hombres más grandes que ha tenido la humanidad del siglo XX, creo que el muro de Berlín cayó por Gorbachov; todo el cambio del mundo comenzó en esa línea de lo que se llamaba «El telón de acero», todo cambió por él.

Ha tenido amigos muy diferentes a usted. ¿Qué lo ha unido con ellos?

Yo no sé, siempre agradecí a Dios eso, gente que no tenía nada de relación conmigo llegó a tener una profunda amistad muy grande, como el doctor Elías Gallegos Anda, quien fue un amigo entrañable. Todo el mundo tenía algo bueno que decir de él o algo malo que decir de él, no era creyente, no era un hombre cercano a mí por nada. Sin embargo, yo estuve siempre muy cerca de él, yo lo sigo sintiendo. He tenido amigos miembros de las logias masónicas que nunca me propusieron que me una, pero que cuando había una guerra ciega entre Iglesia y Masonería dialogaron conmigo tranquilos. Uno de ellos fue amigo entrañable hasta la muerte y nunca negó su masonería, el doctor

Alfonso Cruz. Y así, tengo amigos judíos a quienes he querido y quiero. El doctor Di Capua era para mí era una persona en quien yo veía, como en su señora, figuras excepcionales.

Fui muy amigo de todos los hermanos Plaza. Cuando Galo Plaza era Presidente de la República, tuvo un Ministro de Gobierno, el doctor Carlos Zambrano Orejuela, que era anticlerical y que, como yo, era secretario de la JUNO (Junta Nacional Orientalista). Tenía que hablar mucho con él, tenía que hablar por todas las misiones y me detenía en el Ministerio de Gobierno. Me decía: «comámonos un sánduche, tomémonos un café para conversar». Bueno, amigos así realmente me han hecho la vida muy bella y nunca pusieron problema a mi condición eclesiástica o religiosa para reducir lo que la amistad provocaba o lo que la armonía exigía. Me sentía muy bien con ellos. He tenido gente también muy «de iglesia» que nunca me entendió, que siempre encontró algo que murmurar de mí, pero como eso no me turbaba, creo que los hacía sufrir de cólicos de viento.

¿Nunca ha pensado en ser candidato a la Presidencia de la República, por ejemplo, o a diputado? ¿No lo ha tentado la política?

No, nunca. Me han propuesto varias veces, últimamente.

¿Pero no se puede servir desde la Presidencia de la República o desde el Congreso?

No, un sacerdote no, porque yo creo que en el sacerdocio hay una fuerza muy grande y superior a todo otro interés público, que es el servicio a la comunidad pastoral desde su condición de pastor. Yo no niego que la Presidencia sea un servicio comunitario, es un gran servicio comunitario.

¿Qué debe hacer un cristiano cuando encuentra un mendigo en la calle?

San Vicente de Paúl decía: «Haz la limosna de tal manera que el pobre te perdone el hecho de dársela». Yo quisiera que no haya mendigos.

Monseñor ha asistido a miles de personas en sus últimos minutos de la vida, su experiencia le dice que el ser humano enfrenta la muerte con serenidad:

La absoluta mayoría con una gran serenidad, yo creo que en esto tendrían que educarnos muchísimo más, educarnos socialmente. La gente cansa al moribundo, claro que el deseo de verlo hasta el final, el deseo de recibir una mirada del amigo, una palabra de la persona agónica, pero eso aniquila al que está por morir, entonces creo que ahí puede haber temblores, miedos y angustias.

Y después de la muerte, ¿qué, Monseñor?

Como decía Monseñor Proaño, quedan los árboles sembrados, queda la semilla depositada, quedará algo de lo que se ha hecho y eso será un principio de felicidad. Si después tengo memoria, que creo que si la tendré, yo creo que nada se acaba, el hombre permanece, ¿en dónde y cómo? eso no lo sé.

¿Cree en la reencarnación?

No me parece lógica. Es un disparate dividir cuerpo y alma, no hay alma sin cuerpo, ni cuerpo sin alma, y alma en otro cuerpo ya no soy yo, es el problema de la conciencia, yo con otra conciencia no soy yo.

¿Cómo quisiera que lo recuerden?

Quisiera que piensen que he sido muy niño o muy loco.

¿Cuál cree que debería ser el epitafio en su tumba?

Aquí está... El que fue.

La entrevista se realizó en su despacho, en la curia cuencana que funciona en una casa colonial del centro de Cuenca, muy cerca de la catedral, casa muy sobria y modesta en donde tienen un espacio las distintas oficinas pastorales y administrativas. Allí está también la oficina para la reconstrucción de La Josefina. En sus corredores vemos afiches y anuncios de diverso género.

Allí nos recibió el Arzobispo sin innecesarios protocolos. Terminamos la conversación pasado el mediodía, casi nadie quedaba ya en la curia. Monseñor se despidió y tomó su Volkswagen rumbo a casa para el almuerzo.

UN PASTOR SIN DISTINGOS

se terminó de imprimir y encuadernar

en el mes de Noviembre del 2011,

En la Imprenta "New Print Cia Ltda"

Pasaje A e10 - 122 y Av. Elo Alfaro.

Quito - Ecuador

Tipografía: Aller

Tamaño: 11 Pts

Tamaño Final: A5

Color paginas interiores: Negro

Portada: Full color

